

y al cabo, el hombre no fué muy tirano... Dale de aquí, dale de allí, nos ajustamos en siete duros, que le pagué á toca teja... y muy contento.

Con que... ¡para que veáis lo que es el haberlo estudiao!... Un hombre como aquél, que parecía tonto, no más coger el pulso conoció que la calentura de mi mujer era palúdica...

¡Claro! ¡y tan palúdica!...

¡Menudos palos había llevado!...

¡VUELVE POR OTRA!

Entraba el mes de Julio y volvían de la siega los guañines, después de haber tumbado ya toda la hierba de las sierras de Segovia y de las llanuras de Campos.

Por lo regular, antes de meterse otra vez en Asturias, pues eran asturianos, solían segar dos ó tres semanas en los últimos pueblos de la montaña de León, donde la siega viene tardía, y así daban tiempo á que llegara el día de Santiago para reunirse en la romería de Valdeacebos, achisparse, armar la danza prima y armar camorra los de un concejo contra los de otro, gritando aquellos ¡Viva Piloña!, éstos ¡Viva Parres!, y concluyendo la función á palos.

Después, si no los metían en la cárcel, al día siguiente pasaban el Puerto.

Pero algunos años, cuando los jornales en tierras de Segovia y de Valladolid habían sido altos y traían la bolsa bien repleta, de Sahagún para arriba, ó cuando me-

nos en pasando de Almansa, ya no querían segar ni caro ni barato: cerraban la guadaña, es decir, la desarmaban, colocando la hoja á lo largo del asta; y echándosela al hombro izquierdo, después de colgar de la manija el zurrón, soliviándole algo con un palo terciado sobre el derecho para repartir el peso entre ambos, emprendían la marcha en dirección á Asturias, sin detenerse más que á refrendar el pasaporte en las principales tabernas del camino.

Aquel año era así: bueno para los segadores, malo para los que tenían hierba que segar. Los jornales habían estado por las nubes, y los guañines, que habían ganado lo que habían querido, volvían hacia su tierra locos de contentos, cantando y relinchando; todos, por supuesto, con las guadañas cerradas.

Esto solo era ya señal bastante cierta de que no querían trabajar más; pero á pesar de eso, algunos propietarios, obligados de la necesidad, pues se les estaba pasmando la hierba en los prados, salían á preguntarles por un ver, y porque, lo que ellos decían, en preguntar nada se pierde.

—¿Quieren segar?

Regularmente contestaban á la pregunta con un relinchido:—Hiii-ju-ju-ju,—y seguían andando.

Si en la cuadrilla iba alguno un poco

más formal que los otros, contestaba secamente:

—Non segamos, ñon.

—Les pagaré buen jornal,—reponía el labrador que había hecho la pregunta.

—Mas que nus dea la herba pa nusotros, ñon cortamos ya pelu en Castilla.

Detrás venía otra tanda de ellos; se les hacía la misma pregunta de si querían segar, y contestaba uno con esta insolencia:

—¡Arrancalu con los dientes, hom!... Hiii-ju-ju-ju...

Nada: no había manera de entenderse con ellos.

Una de aquellas cuadrillas, después de haber estado comiendo y bebiendo, sobre todo bebiendo, en la taberna de Villahermosa, volvió á ponerse en marcha; y aun cuando desde allí no era costumbre parar hasta la venta de los Ciegos, que está á tres leguas, se paró en el mesón de Resaco, que está á mitad de camino, porque á casi todos los compañeros se les iba secando ya la boca.

Si en Villahermosa tenía Juanón un vino tinto de Peleagonzalo que ardía, en Resaco tenía la tía Lina un vino blanco de Rueda que quitaba el juicio... Lo cierto es que á los guañines, que ya de atrás no traían mucho, les quitó efectivamente el poco que

les quedaba, y empezando á disputar sobre quién era mejor segador y de más aguante: que «yo siempre segué más que tú,» que «un cuernu pa tí,» etc., etc., se enredaron á palos con tal furia, que todos eran á dar sin saber dónde daban.

Alborotóse la barriada y aun el lugar entero: á las voces de ¡que se matan! ¡que se matan! acudió la gente, y cuando se logró restablecer la paz, se vió que todos, poco ó mucho, estaban grinados; pero particularmente había uno descalabrado por dos partes, que daba sangre como un chivo.

—Este mozo se está desangrando y se muere,—dijo la tía Lina, entrando asustada en el mesón por unos trapos para encañarle.

Los demás trataron de poner pies en polvorosa, excepto uno viejuco que, aunque no estaba apenas herido, no se podía levantar de borracho.

Mas no lograron huir, porque el alcalde pedáneo, por lo que pudiera resultar, los detuvo á todos, haciendo para ello á dos mozos algo cazadores que tenían escopeta, funcionar como fuerza pública mientras llegaban los civiles de Cenagal, á quienes avisaba al mismo tiempo que daba parte al juzgado de primera instancia.

Llevaron á los detenidos, entre el alcalde y los improvisados guardias, á encerrar-

los en la casa de Concejo, que en la temporada de invierno hacía de escuela, teniendo también que hacer de cárcel en ocasiones; y mientras tanto la mesonera cocía vino con romero y aceite, y chapeaba con ello las heridas del descalabrado.

Los rapaces, que habían acudido todos á enterarse del suceso, rodeaban unos al herido y otros al viejo borrachina, que, azorrido y sin mover brazo ni pierna, permanecía tendido boca arriba entre unos maderos en el antojano de la casa.

—¡Tía Lina!—dijo uno de los chicos á la mesonera.—Aquí hay un tiñn muerto.

Entonces el asturiano abrió un poco los ojos, como queriendo darse cuenta de lo que ocurría, y sin actividad apenas para volverlos á cerrar, se quedó así con ellos entreabiertos.

Y otro rapaz algo mayor dijo, rectificando al que había hablado antes:

—Diga que no, tía Lina, que muerto no está; pero sí debe de estar muy malo, porque ya vuelve los ojos...

—¡Muy malu, sí, muy malu!—murmuró el guañín compasivamente.—¡Probes criatures!... Nunca mejor me ví que agora... Bien sabi Dios que ñon quisiera más que estar lo mesmu siete días de cada semana...

Llegó el cirujano á reconocer y curar al herido cuando ya había tenido tiempo de

sobra de haberse muerto sin los cuidados y las medicinas de la mesonera, y llegaron también los civiles para hacerse cargo de los presos y conducirlos á Cenagal, donde el juzgado empezó luego á instruir la causa.

Era á la sazón el hombre de Cenagal don Isidro, sin el cual puede decirse que no se movía una hoja... ni de papel ni de las demás; pues sobre ser escribano en todos los sentidos que entonces tenía la palabra, es decir, notario, como ahora se dice, y al mismo tiempo actuario ó escribano de actuaciones, era también secretario del Ayuntamiento con facultad de ejercer de alcalde y de corporación en pleno... y no sé si era alguna otra cosa todavía.

Como escribano de actuaciones dicho se está que era el que hacía y deshacía en el juzgado; porque muchas veces no había juez y desempeñaba legalmente sus funciones el alcalde constitucional, que solía ser un pobre labrador cualquiera, y cuando había juez solía ser un recién venido que no estaba enterado de nada.

No era don Isidro mala persona, pues tenía sentimientos de rectitud é instintos de justicia.

El decía, y acaso lo creía de buena fe, que era liberal; pero en realidad no tenía nada

de eso, ni sabía lo que era ser liberal: lo que era él, un hombre de bien en toda regla...

A pesar de eso, en el pueblo y en el contorno tenía mala fama y casi nadie le podía ver, porque decían que se había ido enriqueciendo, y que era muy amigo de mandar, etc., etc.; pero hay que advertir que entonces la gente no estaba acostumbrada á las tiranías y á los cacicatos de ahora, y se quejaba de vicio.

Aparte de que para ser aborrecido universalmente, le bastaba con ser escribano.

Había entonces en el país mucha prevención contra el oficio y contra todos los que le ejercían, á los que vulgarmente llamaban *gatos*, para dar á entender que tenían las uñas largas ó que se las dejaban crecer en demasía, y corrían entre el pueblo multitud de cuentos, chascarrillos y coplas en que se trataba de gatos á los escribanos, pudiendo servir de muestra este cantar popularísimo:

Un escribano y un gato
se cayeron en un pozo:
como los dos eran gatos,
se arruñaban uno á otro.

No le gustaba cosa á don Isidro que le tuvieran por gato, y menos que se lo dieran á él mismo á entender con indirectas, como le había sucedido ya algunas veces...

Porque, eso sí, él era muy amigo de poner motes á los demás, y se las echaba de burlón y de gracioso; y, como suelen decir, al buey peleador nunca le faltan cornadas.

Había precisamente en Resaco un herrero llamado Felipe, hermano de aquél otro de Vegamián que ustedes conocieron en las primeras hojas de este libro, el cual Felipe ó Felipón, lo mismo que su hermano Lorenzín, era conocido por el sobrenombre de el *Gato*. Aunque nadie se lo solía llamar á la cara, como no fuera alguna de esas personas que hay desvergonzadas que se atreven á todo.

Un día que Felipe el herrero había tenido que ir á Cenagal á no sé qué urgencia, encontró en la calle al escribano don Isidro, que con socarrona amabilidad le dijo:

—Adiós, Gato.

A lo que le contestó Felipón echándose mano á la gorra con mucha cortesía:

—Adiós, *compañero*.

El escribano, que no esperaba esta salida de Felipe, quedó por el momento algo desconcertado. Pero luego se repuso, y creyendo poner al herrero en un aprieto, le llamó diciéndole:

—Oye, Felipe... Pero, hombre... ¿de qué somos tú y yo compañeros?

—Señor, de milicia—le contestó el he-

rrero en el acto.—¿No somos los dos de la misma compañía de nacionales?...

Efectivamente, el escribano era el jefe de la milicia nacional del partido, en la que el herrero tenía su fusil correspondiente.

La ocurrencia fué muy celebrada y muy reída á costa del orgullo de don Isidro, que, como se ve, había llevado en la refriega la peor parte.

Y allá tenía la espina.

El día de la trifulca de los guañines, medio Resaco había sido citado á declarar en la causa.

Y entre tantos testigos no podía faltar el herrero, que, por tener la fragua junto á los mesones, podía dar razón de todo.

Al día siguiente bajó á Cenagal con los demás, y estando en conversación á la puerta del juzgado esperando á que los llamaran á dar la declaración, hubo uno que le dijo:

—¿A que no vuelves hoy á llamar gato á don Isidro como aquel día que se lo llamaste ahí en medio de la calle?

—¡Psche!... Tó está en que se presente ocasión—contestó Felipe... —O en que á él le dé la gana de llamármelo á mí.

—No: aunque te lo llamara... hoy no se lo llamabas tú á él...

—Eso lo veríamos... ¿Quieres apostar

una azumbre de vino á que como se meta conmigo no se va sin ella?...

—Apostada.

—Bueno: pues vamos á beberla por de pronto, y luego el que la pierda que la pague...

Y en efecto bebieron la apuesta.

Cuando le tocó el turno y fué llamado por el alguacil, entró Felipe en la sala de audiencia con la gorra en la mano, y se quedó de pie ante el estrado en actitud modesta y respetuosa.

—Hoy me las va á pagar este tuno— pensó el escribano,—porque lo que es aquí no se atreve él á volverme una mala contestación ni á decirme una palabra más alta que otra.

Como conocía perfectamente al testigo, sin necesidad de preguntarle nada extendió su filiación de memoria, y cuando la acabó se puso á leérsela:

«Acto continuo ante el mismo señor juez y ante mí el infrascrito escribano, compareció el testigo Felipe García, alias el *Gato...*»

Y suspendiendo aquí la lectura, levantó la cabeza, miró al herrero con cierta alternería provocativa, y con burla mal disimulada le dijo:

—Pero, hombre... ¿Por qué os llaman á vosotros gatos?... A tu hermano Fabián el

que está en Reyero, el Gato grande; á tí, Felipe el Gato; á tu hermano Lorencín el de Vegamián, el Gato chico... y á tu padre también creo que le llamaban el Gato... ¿Por qué os llaman gatos?...

—Yo casi no lo sé, señor don Isidro—le contestó Felipe con voz humilde y con los ojos fijos en la gorra que tenía cogida con las dos manos como un doctrino;—á punto fijo no lo sé...: le oí decir á mi padre que porque descendíamos de un escribano...